



CAPÍTULO QUINTO

AL siguiente día proseguimos la marcha: ante nosotros extendíase, magníficamente salvaje, una pradera sin límites: era tan imponente su grandeza, que el blanco deteníase ante ella cual admirado y temeroso: entrábamos en Nebraska.

Los primeros días avanzamos á marchas forzadas á lo largo de grandes extensiones desnudas de vegetación, tanto que llegó á inquietarnos la probabilidad de carecer de leña para encender los fuegos. En las orillas del Río de la Plata, que atraviesa en

toda su longitud estas inmensas llanuras, abundan sauces y mimbrés, mas este río, de cauce poco profundo, había entonces cual suele todos los años en esta época primaveral, inundado los campos vecinos, y por tanto nos veíamos forzados á caminar separados de él.

Aquellos días pasábamos las noches al alrededor de pequeñas fogatas alimentadas con estiércol de búfalo, combustible que como no era seco daba poca llama y nos molestaba con mucho humo.

Entonces fué cuando resolvimos dirigirnos hacia al río *Big Blen*, en cuya cuenca abunda el combustible. El país que nos rodeaba tenía el aspecto de la tierra virgen, no pisada por humana planta. El convoy avanzaba en línea recta; ante él desfilaban en vertiginosa carrera rebaños de antílopes de pelo largo y erizado. Al verlos, entre la hierba espesa, dijérase eran búfalos de cabeza descomunal, ojos sanguíneos é inquietas narices. Al acercarnos veíamos aquellas cabezas agrupadas, formando negras manchas, huir muy lejos á través de los campos. De vez en cuando cruzábamos por delante de poblaciones levantadas por perros de pradera y circundadas de murallas de tierra. Avanzamos largo tiempo sin ver indios. Un día distinguimos á lo lejos tres caballeros indígenas, adornados de largas plumas, que desaparecieron cual fantasmas. Por aquel



... ante el convoy desfilaban en vertiginosa carrera rebaños de antílopes...

entonces supe que la lección que les di en el Missouri me había valido el nombre de Big Ara. Me cambiaron el de Big Ralfa por el de Big Ara, apodo terrible entre las múltiples tribus de ladrones que pueblan aquellas llanuras. El trato casi paternal que había dispensado á los salvajes prisioneros y heridos, el haberles devuelto la libertad, encantó á aquel pueblo salvaje y vengativo, pero adornado de nobles sentimientos.

Llegado que habíamos al río Azul, resolví descansar diez días en su ribera vestida de árboles gigantes. La parte del camino que nos faltaba recorrer era más difícil que la recorrida: al límite de la llanura levantábanse los montes Roqueños, y tras ellos extendíanse las tierras insalubres y estériles de Utah y la Nevada. Mulos y caballos, á pesar de que los pastos abundaban, habían enflaquecido y parecían extenuados por las fatigas de la marcha. Era, pues, absolutamente necesario que un descanso relativamente largo restaurase sus quebrantadas fuerzas. Estos fueron los motivos que me resolvieron á hacer alto en el ángulo formado por el río Azul y el Beaver Creek.

Rodeaban la fuerte posición dos ríos y la línea de los carricoches: el agua y los bosques hacíanla inexpugnable. En el campamento escaseaba el trabajo. No precisaba gran vigilancia, y los emigrantes podían dis-

poner del tiempo que quisiesen y emplearlo á su gusto. Los días eran espléndidos, brillaba el sol de primavera. La temperatura era suave, y las noches tan cálidas que permitían dormir al aire libre.

Al amanecer los hombres salían á cazar y regresaban al mediodía cargados de antílopes y pájaros que vuelan á millares alegrando la imponente majestad de las selvas. Las demás horas del día pasábanlas comiendo, durmiendo ó cantando con añorívola dulzura las canciones de la patria abandonada, aprendidas en el hogar paterno de labios de la inolvidable mujer que fué su madre.

Al recordar mi azarosa existencia no encuentro en ella días tan intensamente felices como los pasados entre esos dos ríos de plácida corriente.

Del amanecer al morir el día lo pasaba junto á Lillián. Ya no eran aquellas visitas cortas, aquel cambiar dos palabras al pasar á caballo junto á su carricoche, sino que podía compartir con ella mi existencia entonces tan feliz. Y cada día era más intenso, más grande el amor que sentía á aquella criatura tan hermosa y tan buena. Pasaba las noches pensando en ella. Su rostro hermoso, sus largas trenzas, sus ojos más azules que el cielo de Nebraska y su talle esbelto, flexible y delicado, parecían decirme: «¡Sostenme, defiéndeme, siempre... siempre: sin ti desfa-

llezco, no puedo subir la cuesta de la vida!»

Su dulzura y sensibilidad eran exquisitas.

He conocido muchas mujeres, pero ni una sola comparable á Lillián.

El alma de Lillián era como la sensitiva: adivinaba mis pensamientos, los comprendía y respondía á todos como el agua transparente y profunda refleja cuanto vive en sus orillas.

No había en la tierra otra como ella: inocente, humilde, pura...

Un día al amanecer nos dirigimos al Beaver Creek. Deseaba enseñarle los castores, cuyo reino distaba apenas media milla del campamento.

Avanzando despacio y silenciosos á lo largo del río, pronto llegamos al lugar objeto de la excursión. La corriente formaba una pequeña ensenada, tranquila como un lago. La rodeaban altos árboles: sauces llorones inclinaban sus ramas flexibles hasta besar el agua. El dique, construido por los castores, avanzaba hasta el centro de la ensenada. Regularmente alto, mantenía el agua de aquel pequeño lago inmóvil, y sobre su límpida superficie destacábanse las diminutas chozas de aquellos animales de admirable instinto.

Probablemente jamás la planta humana había hollado aquel lugar, protegido por árboles gigantescos que parecían empeñados

en esconderlo á la vista de los hombres. Apartando con precaución las hojas de los sauces, miramos el agua muy azul y lisa como un espejo.

Los castores aún no trabajaban: aquel pueblecito acuático dormía tranquilamente, y era tal el silencio que reinaba en el lago, que percibía la respiración de Lillián, que junto á mí inclinaba la cabeza mirando el agua á través del ramaje.

Acostumbrado á vivir en tierras salvajes amaba la naturaleza casi como á mi madre. Y en aquel momento sentía que iba á ser testigo de un espectáculo de los más sublimes de la creación, prueba elocuente del poder de Dios.

La hora era hermosa: la luz filtrábase á través del tupido ramaje de los árboles gigantes: las gotas del rocío que se desprendían de las hojas de los sauces, al caer sobre el agua del lago dijérase exhalaban un suspiro; y el mundo se inundaba de luz cada vez más brillante.

Por la opuesta orilla vimos avanzar dos gallinas salvajes: plumaje gris, cuello negro y las cabezas coronadas por hermosas crestas pequeñas. Llegaron junto al agua, bebieron levantando la cabeza, y luego partieron, siempre juntas.

—¡Oh Ralph, qué hermoso sitio! suspiró Lillián.

Y parecíame que las alegrías de la natu-

raleza eran nuestras alegrías, aquella calma, nuestra calma, y aquella luz deslumbradora que lo inundaba todo se me antojaba debía ser la que inundaría de luz nuestra futura felicidad.

En aquel momento en la superficie inmóvil dibujóse un círculo, y de la onda surgió lentamente la faz barbuda de un castor rosado por los rayos de la aurora: luego apareció un segundo, y los dos animalillos nadaron soplando con fuerza. En la superficie del agua dejaban una estela azul.

Subieron al dique, y sentándose se pusieron á gritar. A tales gritos surgieron como por encanto cabezas pequeñas y grandes. Dijérase que hervían las aguas del lago. Primero el diminuto rebaño parecía jugar y divertirse gritando. Pero cuando los dos primeros, sentados aún en el dique, lanzaron un silbido prolongado, en un abrir y cerrar los ojos la mitad de los castores subió al dique y la otra mitad llegó nadando á las orillas, y escondiéndose bajo las ramas de los sauces llorones agitaban el agua. Un ruido semejante al de la sierra indicaba que los animalillos trabajaban cortando ramas y arrancando cortezas.

Lillián y yo contemplábamos las idas y venidas, los trabajos y los juegos de aquellos animalillos, tan mansos cuando el hombre no los molesta.

Al cambiar de posición Lillián agitó una rama, y al momento los castores desaparecieron. Sólo el agua turbia indicaba que en el seno del lago vivía aquel mundo pequeño. Al poco rato volvió á ser limpia y transparente el agua, reinó imponente el silencio de las selvas, sólo interrumpido por las aves que picoteaban las cortezas de los árboles.

Ya el sol reinaba por encima de los árboles y empezaba á sentirse calor. Como el paseo no había cansado á Lillián, resolvimos dar la vuelta al lago.

.....

Cuando salimos de bajo los sauces llorones miré á Lillián: rodeaba su frente querida brillante aureola de sacrificio y dignidad.

Al darle la mano me abandonó dulcemente la suya, y fijos en el cielo sus ojos azules me dijo:

—¡Ralph! repíteme que soy tu esposa: ¡dímelo muchas veces!

Como en el inmenso desierto en que nos hallábamos no era posible hallar sacerdotes ni cabía en consecuencia otro matrimonio que el de los corazones, me arrodillé, y cuando Lillián estuvo arrodillada á mi lado dije:

—Ante el cielo y ante Dios te declaro mi compañera, Lillián Morris; te elijo por esposa. ¡Amén!

Al oír estas palabras, ella contestó:

—Y yo ¡oh Ralph! desde ahora soy tuya, soy tu esposa para siempre jamás.

Y desde entonces quedamos casados: ya no era mi prometida, era mi legítima esposa.

Tan hermosa realidad me hacía feliz, y sentí nacer en mi corazón un sentimiento de respeto profundo hacia Lillián, algo que ennoblecía nuestro amor, que lo hacía más grande y lo santificaba.

Cogidos de la mano, alta la cabeza regresamos al campamento, donde todos nos esperaban presos de viva inquietud... Varios, temiendo una desgracia, habían salido á buscarnos.

Reuní á todos mis hombres, y cuando hubieron formado el círculo que solían, tomando á Lillián de la mano y colocándola al centro, dije:

—Señores: sed testigos de que ante vosotros tomo por esposa á esta mujer, y testificadlo ante la ley, ante la justicia, ante cuantos desde el Este al Oeste pudieran pedíroslo.

—Gustosos lo haremos y... ¡vivan los nuevos esposos! contestaron todos.

Entonces el anciano Smith preguntó á Lillián si quería tomarme como esposo, y en cuanto hubo tímidamente pronunciado el «sí,» fuimos legalmente casados ante aquel pueblo.

En las tierras del extremo Occidente, en las regiones donde no hay ni iglesias, ni

pueblos, ni Autoridades, los casamientos no se hacen de otro modo; y en cuanto un hombre llama, ante Dios y ante testigos, esposa á la elegida de su corazón, el matrimonio es válido, puesto que es el único posible (1).

Los hombres de la caravana aceptaron este matrimonio con el mayor respeto y con intensa alegría, pues aunque dejándome guiar por mi amor á la disciplina, les obligara á guardarla quizás con mayor severidad que los demás jefes, ellos reconocían que siempre obraba con justicia, y era cada vez mayor el afecto que me testificaban y más solícitas las atenciones que prodigaban á mi esposa.

Y empezaron las fiestas y las diversiones. Las llamas de numerosas hogueras iluminaron el campamento: los escoceses arrancaron de sus flautas aquellas notas tan suaves y que tanto gustaban á Lillián: los americanos cogieron los huesecillos, su instrumento favorito, y entre cantos, gritos y salvas disparadas para honrarnos, pasó la tarde y las primeras horas de la noche del día de nuestras bodas.

Tía Atkins, riendo y llorando, abrazaba y volvía á abrazar á Lillián. Y yo me sentía intensamente conmovido, conmoción que aumentó la siguiente ceremonia tradicional

(1) Forma de matrimonio solamente válida donde no se ha publicado el Santo Concilio de Trento. (*N. del C.*)

entre estos pueblos americanos, tan nómadas, que pasan casi su vida entera en los carricoches.

Cuando la luna se escondió tras las montañas, cada hombre ató á su fusil haces de mimbre ardiendo, y en procesión y presididos por Smith fuimos de coche á coche. Ante la puerta de cada uno de ellos Smith preguntaba á Lillián:

—¿Es esta vuestra casa?

Mi esposa, contestaba:

—¡No!

Y proseguíamos la marcha.

Al llegar al carricoche de tía Atkins todos nos sentimos presos de emoción intensa, pues en él había hasta entonces viajado Lillián. Cuando en voz baja contestó «No,» la tía Atkins cogió á Lillián, la abrazó, y siempre llorando repetía: «¡Hija mía! ¡amor mío!» Lillián también lloraba, y hasta los corazones endurecidos de aquellos hombres sin patria y sin hogar llegaron á conmoverse, y en sus ojos brillaron las lágrimas.

Al acercarnos á mi carro apenas acertaba á conocerlo: estaba cubierto de ramaje y flores. Llegados á él los hombres, levantaron las antorchas, y Smith en alta voz y solemne acento preguntó:

—¿Es esta vuestra casa?

—¡Esta es! ¡esta es! contestó Lillián.

Y todos se descubrieron y reinó tan pro-

fundo silencio, que oíase el chisporrotear del fuego y el ruido de las ramas quemadas que caían á tierra.

Entonces el anciano minero de cabellos blancos, extendiendo sobre nuestras cabezas sus manos rugosas exclamó:

—¡Que Dios os bendiga, á vosotros y á vuestra casa! *Amen!!!*

Tres hurras entusiastas coronaron esta bendición.



CAPÍTULO SEXTO

AL amanecer, dejaba mi esposa durmiendo, y me iba á buscar flores que le ofrecía al despertar. Cada momento me repetía: «¡Casados! ¡nos hemos casado!» Y este recuerdo me llenaba de alegría tan intensa, que levantaba los ojos al cielo y daba gracias á Dios que me había permitido vivir hasta ese instante supremo en que el hombre siente la necesidad de un afecto tierno y sincero.

Un sér encantador era mío, me pertenecía. Y yo que no poseía otra cosa que mi pobre carricoche, me sentía inmensamente